

MESOAMÉRICA: UNIVERSO ORIGINARIO

Dra. Isabel Bueno

Universidad Complutense de Madrid

Denominamos Mesoamérica al espacio geográfico que comprende el centro y el sur de México, Guatemala, Belice, parte de Honduras, el Salvador y Costa Rica. El término fue utilizado por primera vez por el etnólogo Paul Kirchhoff en 1943, con la intención de definir los rasgos culturales comunes en ese área. A esta definición, según León Portilla, debemos añadirle la de civilización originaria, un concepto importantísimo, si tenemos en cuenta que sólo se han desarrollado cuatro focos de civilización originaria: Egipto, Mesopotamia, India y China. Quiere esto decir que la cultura mesoamericana se desarrolló de forma autóctona, evolucionando sus estructuras de poder hacia caminos cada vez más complejos.

A pesar de su importancia cultural y de sus características únicas, sobre Mesoamérica no existen tantos estudios como sobre otras grandes civilizaciones antiguas pero, afortunadamente, alrededor de 1980 aires renovadores azotaron muchos de los conceptos que hasta entonces se habían mantenido inamovibles. Por ejemplo, los que atañían a las estructuras de poder y con ellas al fenómeno de la guerra, tan de actualidad en los últimos años. Ésta, analizada desde su óptica social, es una guía idónea para conocer la sociedad en donde se desarrolla; porque la guerra implica aspectos como la educación, la religión, la economía y, naturalmente, al ejército.

Con insistencia, se ha afirmado que el período clásico se diferenciaba del postclásico, en Mesoamérica, porque el primero fue eminentemente pacífico frente al belicismo del segundo. Sin embargo, hoy estamos en posición de afirmar que en Mesoamérica no ha habido grandes períodos pacíficos, porque las ciudades se fundaban muy cerca unas de otras y, por lo tanto, competían por los mismos nichos ecológicos y el deseo de controlar estos bienes, y con ellos dominar política y económicamente, llevaba a la pugna continua.

Quizás, la sociedad que mejor ilustra todos los cambios que se producen en este sentido sea la azteca. Ella supo mezclar todas las tradiciones heredadas, y crecer hacia unas dimensiones sin precedentes en Mesoamérica. Fundaron su ciudad en el islote de Tenochtitlan y fueron vasallos de, la entonces ciudad más importante del valle, Azcapotzalco.

En 1428 probaron suerte y se levantaron en armas contra su metrópoli, consiguiendo una enorme victoria que les proporcionó la independencia política y el despegue hacia un imperio económico que se basaba en la diplomacia coercitiva, apoyada en el uso de las armas. Surgiendo una sociedad eminentemente militar, en la que los guerreros disfrutaron de enorme prestigio social y de grandes privilegios frente al resto de la población.

La organización del ejército era bastante compleja. Las tropas imperiales estaban compuestas por los soldados aztecas y por las tropas auxiliares de los pueblos sometidos. La disciplina era muy estricta, pagando las infracciones con la propia vida. Existían destacamentos de élite, como los caballeros águila y jaguar, especializados en el combate cuerpo a cuerpo; así como otros comandos que tenían órdenes de morir antes que retroceder. El servicio de inteligencia era vital para preparar la táctica y la estrategia de la batalla, por eso los espías eran bien remunerados por el Estado.

En general, los soldados aztecas estaban magníficamente preparados pues el Estado tenía escuelas militares, *telpochcalli*, a las que era obligatorio asistir, donde se enseñaba el manejo de las armas. Las más importantes eran: el arco y la flecha, las lanzas, las hondas y el *atlatl* y, naturalmente, el *macahuitl*, especie de porra de madera a la que se le incrustaban navajas de obsidiana. Además, utilizaban, lo que podríamos denominar, armas químicas. Hacían bombas con panales de abejas, y gases lacrimógenos con ramilletes de chiles ardiendo, que obligaban al enemigo a salir de su escondite si no quería morir asfixiado.

Tras el combate, los aztecas recogían a sus muertos del campo de batalla y los incineraban. Las cenizas de los nobles se guardaban y llevaban para honrarlos en Tenochtitlan, donde días antes habían llegado los mensajeros con las nuevas para el *Tlatoani*, quien ordenaba engalanar la ciudad para recibir a las tropas victoriosas. Las fiestas duraban días, donde los guerreros eran recompensados y agasajados como héroes.

Madrid, 2005